

pues generalmente se creía aquella plaza inexpugnable, llegando á llamarla el «Gibraltar de América,» y se achacaba lo que habia pasado á traicion, impericia y falta de valor de los gefes que mandaban en ambas plazas. El gobierno de Bustamante, léjos de desanimarse, decretó que fuera aumentado el ejército y declaró solemnemente la guerra á Francia mandando salir del territorio á todos los franceses aquí residentes, exceptuándose los casados con mexicana y los físicamente imposibilitados; Bustamante desechó las proposiciones que le dirigiera Baudin en una nota, en la que se excusaba de hacerlo directamente y no por conducto del Sr. Cuevas

Habia quedádose en Veracruz una guarnicion de mil hombres solamente, segun el convenio que celebró Rincon; más apénas tomó Santa-Anna el mando pasó una nota á Mr. Baudin, diciéndole que el gobierno habia desaprobado el arreglo concluido por Rincon y que por lo mismo quedaba ya sin efecto. Aunque oponiéndose al parecer de la Junta de guerra que no creyó posible la defensa de Veracruz, formó Santa-Anna la firme resolucion de sostener la plaza á todo trance, y ya habia dado órdenes anticipadas al general Arista para que avanzara con sus fuerzas á marchas forzadas; en esa vez recibió el general Santa-Anna las gloriosas heridas que le volvieron el prestigio, rechazando á las tropas francesas, con las cuales iba el príncipe de Joinville; despues ofreció Baudin hacer un nuevo convenio. Sabido por el gobierno de Bustamante lo que habia pasado en Veracruz, segun un parte oficial que fué leído con avidez por toda clase de personas, se reanimaron las esperanzas casi muertas y le fué devuelta á Santa-Anna la popularidad perdida. Entonces, habiendo resuelto Bustamante ir personalmente á atacar al general Urrea que habia sublevado á Tamaulipas contra el sistema central, pidió al Congreso que le permitiera salir á batir á los sublevados; y como el presidente del Consejo no podia sustituirlo, por sus enfermedades, declaró el Poder Conservador, que era voluntad de la Nacion que Santa-Anna pasara á México para sustituir al Presidente que salia.

Pero llegado este general á la capital vaciló Bustamante en partir, lo que disgustó mucho al héroe de Veracruz que habia dejado sus comodidades y su casa por ir á México. Convencido al fin Bustamante por las reflexiones que le hizo el general Cortazar, marchó el 18 de Marzo de 1839 para Tampico; iba tan despacio que permaneció en la villa de Guadalupe hasta el día 20; allí supo que el día de su salida aprobaron los diputados los tratados de paz con Francia por veintisiete votos contra doce y que el Senado los secundó. Cuatro meses estuvo Bustamante en aquella campaña que fué muy tranquila, pues Urrea y Mejía despues de pretender organizar una expedicion que se apoderara de Veracruz, salieron de Tuxpam y ejecutaron el atrevido proyecto de marchar por la Sierra sobre Puebla y México que suponian desguarnecidas, mientras Bustamante estaba en el interior. Este general hacia sus marchas con lentitud, temeroso de que Urrea le atacara, cuando éste se hallaba á muchas leguas de él y sufría la famosa derrota de Acajete. Arista atacó y tomó á Tampico, de manera que Bustamante no hizo más que dar un paseo por Tamaulipas y regresar á México á mediados de Julio del mismo año, habiendo ocupado entretanto dos presidentes el Poder Ejecutivo, que parecia desechado por todos aquellos que lo habian ambicionado.

D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA-ANNA.

(SEGUNDA EPOCA.)¹

PERDIDA completamente la popularidad de Santa-Anna en la guerra de Tejas, se retrajo á sus haciendas y tan solo un acontecimiento verdaderamente extraordinario como el asalto de los franceses á Veracruz y las heridas que recibió batiéndolos cuando se retiraban, pudieron restituirsela. Hecho cargo de la plaza le habia asegurado en una nota Baudin, gefe de la escuadra francesa, que tan solo atacaria la desgraciada ciudad en caso de que fueran molestados de alguna manera los franceses allí residentes. Santa-Anna se limitó á contestar verbalmente; se dirigió á los cuarteles para arengar á las tropas y en su casa, esquina de las Damas y el Coliseo, recibió al general Arista. Pasaron gran parte de la noche platicando de asuntos políticos, hasta que á las tres de la mañana fueron á acostarse. Baudin, léjos de hacer lo que habia anunciado, dió órdenes para que al amanecer del 5 de Diciembre atacaran sus tropas á Veracruz con objeto de inutilizar la artillería y hacer prisionero á Santa-Anna; pero éste, que habia despertado al estallar un petardo con que el príncipe de Joinville quiso derribar la puerta del muelle, supo pronto que los franceses habian entrado á la plaza asaltando por varias partes sin ser vistos á causa de la niebla, y en presencia de tan inesperado ataque decidió violentamente dirigirse á los cuarteles, se cubrió la cabeza con una gorra y tomando algunos soldados de los que estaban en la puerta de su casa y abrigándose en lo espeso de la neblina, atravesó la plaza de armas sin que le vieran los franceses que entraban á Palacio, y en cuyo poder cayó prisionero solamente Arista.

Santa-Anna se defendió en los cuarteles y como la intencion de los franceses no era sostener un ataque formal, sino destruir los medios de defensa con que contaba la plaza, se retiraron para reembarcarse por el muelle, cubriéndose con un cañon que allí situaron cargado con metralla. Apénas supo Santa-Anna que tenia lugar la retirada, cuando volvió á los cuarteles, pues se habia situado en el Matadero, fuera de la plaza, y tomando una columna de trescientos hombres se dirigió hácia el muelle, siguiendo el costado interior de la muralla; pero al presentarse en la puerta fué disparado el cañon que protegía el embarque y quedó herido en la pierna y mano izquierdas, y muerto el

¹ Véase la página 182.

caballo que montaba; en consecuencia la tropa se desordenó y los franceses fueron hostilizados tan solo desde las aspilleras de la muralla inmediata al muelle. Conducido en un catre por los soldados del 9º batallón á los cuarteles, donde permaneció poco tiempo, dispuso que le llevaran al punto llamado los Pozitos, previniendo al coronel D. Ramon Hernandez, á quien encargó el mando de la plaza, que la evacuara y se dirigiera al mismo punto, con mayor razon en cuanto á que Baudin, muy disgustado por la resistencia que encontró, mandó romper sobre Veracruz el fuego de cuatro buques de la escuadra y de Ulúa. En los Pozitos se unieron á Santa-Anna las fuerzas que habia dejado Arista en Santa Fé y las de la plaza. El general herido dirigió al gobierno un parte oficial acerca de la funcion de armas que acababa de tener lugar, parte que hizo grande impresion en la República por estar redactado de la manera más á propósito para excitar el sentimiento y para devolver al caudillo la voluntad de sus compatriotas. Referia sucintamente su conferencia con el general Arista y aseguró que los franceses le habian ofrecido que quedaria abierto un parlamento hasta las ocho de la mañana del 5; contó el modo con que le habian atacado y les habia rechazado «quitándoles una pieza, batiéndoles á la bayoneta hasta hacerlos reembarcar,» y les llamaba cobardes porque habian roto los fuegos sobre una ciudad abandonada.

Despues seguia la parte sentimental: al hablar de su herida, se lamentaba de que seria probablemente la última que ofrecia á su patria. «Al concluir mi existencia no puedo dejar de manifestar la satisfaccion que tambien me acompaña de haber visto principios de reconciliacion entre los mexicanos. Dí mi último abrazo al general Arista, con quien estaba desgraciadamente desavenido, y desde aquí lo dirijo ahora á S. E. el Presidente de la República, como muestra de mi reconocimiento por haberme honrado en el momento de peligro: lo doy asimismo á todos mis compatriotas, y les conjuro por la Patria que se halla en tanto peligro, á que se unan todos formando un muro impenetrable donde se estrellará la osadía francesa.» «Pido tambien al gobierno de mi Patria, que en estos mismos médanos sea sepultado mi cuerpo, para que sepan todos mis compañeros de armas que esta es la línea de batalla que les dejo demarcada: que de hoy en adelante no osen pisar nuestro territorio con su inmunda planta los más injustos enemigos de los mexicanos. Exijo tambien de mis compatriotas, que no manchen nuestra victoria atacando á los indefensos franceses, que bajo la garantía de nuestras leyes residen entre nosotros, para que siempre se presenten al mundo magnánimos y justos, así como son valientes defendiendo sus sacrosantos derechos. Los mexicanos todos, olvidando mis errores políticos, no me negarán el único título que quiero donar á mis hijos: el de «Buen mexicano.» Tal fué el parte que tan grande sensacion causó en la sociedad y devolvió á Santa-Anna la popularidad y el puesto de presidente á que le llamó Bustamante. Tres médicos reconocieron en los Pozitos las heridas de Santa-Anna y estuvieron de acuerdo en que era necesaria la amputacion en la pierna, operáronle al dia siguiente del combate, y el herido dió muestras de que su alma no estaba templada para resistir el dolor que necesita la resignacion del mártir; trascurridos los dias necesarios para que pudiera ponerse en movimiento, fué llevado á su hacienda de Manga de Clavo, de cuyo punto pasó en Febrero de 1839, aun enfermo, á México, para encargarse de la presidencia de la República por nombramiento que en él hizo el Poder Conservador. En Manga de Clavo sepultó el cura párroco de Veracruz la pierna cortada al general, y más tarde fué trasladada al cementerio de Santa Paula, en México, donde quedó depositada solemnemente en un monumento construido para el efecto, permane-

ciendo allí hasta el 6 de Diciembre de 1844, en que destruida por los revolucionarios el arca que la contenia fué extraida; se nos asegura que treinta años despues ha vuelto á recobrarla Santa-Anna de la persona que la habia guardado.

No obstante sus grandes dolencias, llegó Santa-Anna á México el 17 de Febrero á las tres de la tarde y se hospedó en una casa de la ribera de San Cosme. Su entrada fué triunfal: precedíale el batallón Jimenez con dos cañones de batalla, seguia la litera que le conducia, escoltada por los granaderos del regimiento del Comercio, yendo á sus lados los gastadores del mismo cuerpo y á retaguardia un trozo de caballería de Iguala. Inmenso era el concurso que atrajo la llegada del héroe de Tampico y Veracruz: toda la carrera desde el Peñon Viejo estaba poblada de gentes que le victorearon hasta su habitacion. Manifestaba el general tener abatido el espíritu; pero se reanimó al saber que Urrea, federalista, habia sido derrotado cerca de San Luis Potosí. Como pasaban muchos dias y Bustamante no se ponía en movimiento para Tampico, díjole Santa-Anna en una conversacion: «Yo no he llegado aquí para quitar á vd. del puesto que ocupa; he sido traído sin pretenderlo. Yo le aconsejo como amigo que se vaya á Tampico, porque si no el mal crecerá y cuando quiera no podrá remediarlo; si vd. no va yo iré á pesar del mal estado en que me hallo.» Al fin partió Bustamante, pero desde ántes ya habian tenido lugar en la habitacion de Santa-Anna algunas juntas para tratar de si convendria reformar el Código de 1836 y si por el Congreso ó por una Convencion nombrada para ello. Santa-Anna tomó posesion del gobierno en la mañana del 18 de Marzo, prestando juramento á su nombre los secretarios del Despacho: por sus dolencias no pudo pasar en persona á la Cámara; pero sí manifestó públicamente que la opinion se habia generalizado acerca de la necesidad de reformar completamente las instituciones.

Uno de sus primeros hechos fué aprobar los tratados de Veracruz celebrados por la intervencion del ministro ingles Packenham y firmados por los Sres. Gorostiza, Victoria y Baudin. Prometíanse paz las dos naciones, sometiendo á una tercera potencia las cuestiones relativas á si México podia reclamar á Francia la restitucion de los buques mexicanos capturados y el derecho de los franceses expulsos á la indemnizacion; por la Convencion debian darse á Francia seiscientos mil pesos en tres plazos y ofrecia México pagar puntualmente los créditos franceses reconocidos. Ulúa fué devuelto por los franceses que se llevaron sesenta y un cañones, algunos de ellos enviados por Felipe V. El estado que entonces guardaba la República era en gran manera alarmante; sublevado Tampico, donde fué rechazado el ejército de Canalizo; verificada la defeccion de los gefes Lémus y Garay y mal recibidos los tratados con Francia, minaba á la sociedad general disgusto. Postrado Santa-Anna en la cama y con la herida de la amputacion muy mal curada, comenzó á dar disposiciones terribles que calificó de necesarias: mandó por bando de 8 de Abril que fuera perseguida y arrestada toda persona ó cualquier escritor que turbase la tranquilidad pública, sin distincion de fuero; hizo que enmudecieran varios periódicos, entre ellos «El Cosmopolita,» «El Restaurador» y «El Voto Nacional;» envió al P. Alpuche preso á la reclusion de Tepozotlan, y al saber que los caudillos de los sublevados de Tampico, Mejía y Urrea, se hallaban en Teziutlan, reunió el mayor número posible de tropas para salir á batirlos.

Habiendo consultado al Consejo si podria trasladarse á Puebla se le respondió que sí, aunque á poco, cambiando de parecer, se le quiso persuadir á que no lo hiciera; pero sin hacer caso de esto ni esperar la licencia de las Cámaras, marchó para Puebla en litera el 30 de Abril, siendo tan oportuna su marcha que si una hora la retarda encuentra ya

esa ciudad sublevada, pues tenia muy corta guarnicion y muy poderoso al partido federalista. Llegado Santa-Anna á Puebla habló á la multitud desde el balcon de la posada y calmó las inquietudes con su presencia de ánimo. Confió el mando de dos brigadas al general Valencia, salido de Perote con tropas, y él con la tercera que era de reserva, se hizo conducir al encuentro de sus enemigos; pero llegó al campo cuando la batalla habia concluido, pues el 3 de Mayo fué dada por el citado general Valencia, muy sangrienta, en la hacienda de San Miguel La Blanca, cerca de Acajete, en la que fueron derrotados los federalistas, despues de estar indeciso el resultado; cayó prisionero el caudillo Mejía en el alcance y logró fugarse Urrea. Valencia participó el suceso á Santa-Anna que iba en coche hácia Acajete, y el ministro de la Guerra, Tornel, que le acompañaba, dispuso que si caian prisioneros algunos gefes fueran fusilados inmediatamente, cuya disposicion quedó desde luego ejecutada en Mejía, de manera que cuando Santa-Anna llegó á ese pueblo ya habia dejado de existir su antiguo compañero, al cual debió gran parte de los triunfos de Oaxaca, el Palmar, Puebla y otros puntos. Mejía, habanero, habia tenido la debilidad de atraer sobre la que reputaba su patria, partidas de aventureros extranjeros; pero tambien tuvo la virtud de estar siempre al lado del partido progresista y federalista sin cambiar de opiniones.

El triunfo de Acajete fué debido en mucha parte á la actividad y energía con que lo preparó Santa-Anna, reuniendo con gran silencio tropas, dinero y cuanto fué necesario, dándole impulso al presentarse personalmente, no obstante que aun estaba enfermo y lleno de dolorosos ataques en la pierna. La destruccion de las fuerzas de D. José Antonio Mejía dió mucha más popularidad á Santa-Anna, haciéndole aparecer como perseguidor de los revolucionarios y amante de la ley y del orden. Pasaron muchos individuos de México para felicitar en Puebla al Presidente, quien verificó su solemne entrada á la capital el 8 de Mayo en la tarde, acompañándole en el coche los generales Tornel y Valencia; salió á encontrarlo, entre otras comisiones, una de la Cámara de diputados, no obstante que habia faltado al requisito de solicitar la licencia para separarse. Hubo en aquella tarde repiques á vuelo en todas las iglesias y salva de artillería en la Ciudadela, adornos de cortinas é iluminacion por la noche. Santa-Anna propuso al Senado el grado de general de division para Valencia y fué aprobado, y en esos dias llegó su fama al apogeo y su gloria á la mayor brillantez; era su casa la de un príncipe, ya por el lujo, ya por la concurrencia de las principales personas que le felicitaban por sus triunfos y le colmaban de lisonjas; sin embargo, no le faltaban acusadores y poderosos enemigos que esparcian oro á manos llenas para fomentar la revolucion. Poco caso hacia él de esto, pues iba á solazarse grandemente en San Agustin de las Cuevas con su pasion favorita por el juego de gallos que le enagenaba, no pudiendo ménos que representar ridículo papel en el palenque un personaje de su altura, mientras que en Guadalajara, Durango y Coahuila aparecian repetidas sublevaciones, y el general federalista Lémus, se habia apoderado del Saltillo, fugándose luego para Tejas.

Habiendo capitulado Urrea, dejándole en el convenio el general Paredes el pleno goce de sus empleos y honores, se opuso á ello Santa-Anna, quien mandó que se embarcara el caudillo revolucionario por Veracruz para un punto de Europa que deberia fijar, donde permanecería seis años á la vista del cónsul mexicano, con la pena de perder todos sus honores y empleos si volvia, pero no fué ejecutada tal disposicion y tan solo se le condujo preso á Perote de donde se fugó. En ese tiempo le fué entregada á Santa-Anna por el Consejo de gobierno una condecoracion decretada por el Congreso, compuesta de una placa

y una cruz de piedras, oro y esmalte con dos espadas cruzadas y una corona de laurel entrelazada en ellas, y por orla este lema: «Al general Santa-Anna por su heróico valor en 5 de Diciembre de 1838, la Patria reconocida.» Al colocar la condecoracion sobre el pecho de Santa-Anna el obispo electo de Oaxaca, D. Angel Mariano Morales, Consejero más antiguo, le dirigió una alocucion; en ese dia marcharon las tropas de la guarnicion por el frente de la casa de Santa-Anna le felicitaron las corporaciones y en la plaza de toros fué paseado su retrato en un carro. Sin embargo del triunfo de Acajete y ocupacion de Tampico y Tuxpam por las tropas del gobierno, el estado de la República estaba muy distante de ser satisfactorio, y aunque el gobierno habia logrado sobreponerse á los pronunciamientos, no desaparecian por ello las causas que los determinaban, presentándose por todas partes actos de rebelion contra el orden de cosas establecido. Solicitaban el regreso de Bustamante los que componian la oposicion y otros excitaban á Santa-Anna á las reformas constitucionales; pero el Consejo se opuso á ello constantemente.

En medio de los graves inconvenientes con que luchaba á cada paso la administracion de Santa-Anna, se presentó Mr. Bernard E. Bee, procedente de los Estados- Unidos, comisionado por la nueva República de Tejas para tratar sobre el reconocimiento de su independencia, y aunque la penuria y la falta de elementos para hacer resistencia se habian aumentado considerablemente y la emancipacion de esa provincia estaba ya reconocida por los gobiernos de Francia é Inglaterra, negóse Santa-Anna á recibir al enviado con aquel carácter, y se limitó á dar instrucciones al comandante general de Veracruz para que confidencialmente averiguara el verdadero objeto de Bee, y que en caso de que pretendiera el reconocimiento de la república de Tejas, le obligara á reembarcarse y le vigilara en todos sus pasos. Este suceso que se ligaba con anteriores compromisos y el continuar afectada la salud de Santa-Anna, le hicieron abandonar los asuntos políticos á los cuales parecia tener grande aversion, y hallándose muy estenuado se retiró del gobierno sin hacer caso de algunas personas que intentaban persuadirle á que continuara; y como Bustamante demoraba su llegada, llamó Santa-Anna al general D. Nicolas Bravo que estaba en Chilpancingo, le hizo que prestara juramento de presidente del Consejo y le entregó el gobierno; poco despues, en la mañana del 11 de Julio, marchó para la costa y ya le veremos aparecer de nuevo en la presidencia oponiéndose á los que ahora eran sus amigos.